

Don Francisco Giner...

(Viene de la página 40).

El «ideal de la Humanidad» inspira al grupo de discípulos de Sanz del Río. Exhorta a tolerancia y cultivo del hombre nuevo frente al africano. Predicado sin distinción de partidos, suponía necesariamente en un país de intolerancia, hombres liberales que trataran de llevarlo a la práctica. La filosofía krausista inspira nuestra revolución de 1868 y todo el periodo de la República. Prim al vencer en Alcolea, y el pueblo al grabar la frase histórica «Cayó para siempre la raza espuria de los Borbones», en los muros de un edificio público en Madrid, halló el apoyo de un grupo de hombres civilizados para los cuales era marco estrecho la España isabelina.

Don Francisco Giner continuó la tradición de cultura y seriedad científica que Sanz del Río injertó en la aridez española. Era D. Francisco, cuando yo le conocí en los últimos quince años de su vida—nació en Ronda en 1839, murió en Madrid el 18 de febrero de 1915—un viejo de barba y pelo canos, de ojos brillantes, tez tostada por el aire del mar, de la montaña y del campo. Su cuerpo era menudo, pero ágil y vigoroso, siempre vibrante, como la inquietud de su espíritu, del cual era sólo reflejo. Su conversación era intencionada y jovial, desbordante de cordialidad. Nunca le abandonó un cierto donaire andaluz, de finura depurada. La juventud parecía característica de su ser. Todo él evocaba aliento fresco de montaña. Hierbas olorosas, tomillo del Guadarrama, jara y cantueso. Parecía que su alma se despertaba cada día limpia y sin dejo de fatiga por la improba labor de ayer, de todas las horas de su existencia. Una frase muy suya, y que Luis Zulueta recordó cuando su muerte, es rasgo que le define: «¡Claro—solía decir en tono jovial a los discípulos y amigos—ustedes piensan de otro modo! ¡Aquí no hay más joven que yo!»

¿Reformador? No. ¿Qué había de reformar? Creador de realidad nacional. Habían de crearse instituciones y personas. Esta fue su tarea. Al observar hoy la realidad española adivinaremos, sin riesgo de error, en todas las instituciones culturales de valor europeo y seriedad científica, la influencia de D. Francisco o de sus discípulos o afines. Sólo citaré el Museo Pedagógico, la Junta de Pensiones, el Centro de Estudios Históricos y la ejemplar Residencia de Estudiantes.

La intelectualidad española se ramifica hoy en direcciones originales, apartadas de D. Francisco; pero ¡qué pocos son los hombres de esta generación que no hayan recibido de Giner el impulso que les arrojó a la cultura! A él se debe esa peregrinación de los mejores cerebros españoles a Europa, que ha cambiado la faz de nuestra espiritualidad. Recuerdo que en una de sus

cartas—sus cartas estaban siempre encendidas de esperanza y de ánimo—me escribía: «No habrá salvación para este país hasta que media España esté en camino hacia el extranjero y la otra media, de vuelta».

No era D. Francisco un extranjerizante. Era un patriota ardoroso. Pero no entendía la patria como horda que vive de prestado, «en humilde y voluntaria servidumbre moral», según frase del maestro Sanz del Río, o como permanente «rebelión de esclavos que no quieren ser libres». Sentía Giner en su alma todo el dolor de la raza. El martirio que él había sufrido hasta conseguir la redención cultural, era el mismo que atormentaba a tantos miles de españoles. Y así había en D. Francisco, asociada al severo gesto pedagógico, una infinita comprensión por aquellos a quienes trataba de arrancar la dura cantera de Beocia para convertirlos en hombres libres.

Cuando el estudiante, con anhelo de saber insaciado, después de haber consumido los años en las aulas universitarias, entraba en la cátedra de Filosofía del Derecho, que explicaba Giner, veía abrirse ante él un mundo adivinado, perohasta entonces no descubierto. Aquella clase no era una disertación solemne. El maestro se esforzaba, con ocasión de la investigación científica, en guiar a los discípulos por el mundo, en darles el sentido de orientación de que carecían. No desperdiciaba D. Francisco, en aquella clase tan viva, motivo para tratar cualquier tema ajeno a la Filosofía del Derecho, pero que, prendiendo en la conciencia del discípulo, iniciaba en ella un nuevo caudal de espiritualidad. Sentado entre los alumnos, barajaba D. Francisco sus notas. Destacaba problemas, dibujaba direcciones, escuchaba extractos de lecturas. Hacía vibrar la conciencia del discípulo, a la que despertaba con preguntas socráticas. Con aquel método «intuitivo, realista, utópico, que no es el mejor ni el peor, sino el único», aquella clase—junto con la «Institución»—era un seminario del profesorado español. El pobre licenciado, procedente de un medio anticultural y deformado por la enseñanza universitaria, se convertía, tocado por la luz del maestro, en fermento que, a su vez, contribuiría a sacudir la modorra del país. Si no siempre desde la altura de la genialidad, siempre como hombre estimable y recto que no traicionaría la pureza del ideal desde cualquier puesto donde actuara.

De este modo D. Francisco Giner no ofrecía a España un ideal abstracto de cultura, sino que forjaba, al fuego de su espíritu, una realidad concreta. Tampoco oponía como único remedio al mísero estado de la Nación la obra política, militante y revolucionaria. «Aunque, desde luego, sus ideas filosóficas y sociales—apunta D. Manuel B. Cossio, hijo espiritual y sostenedor hoy de la obra de D. Francisco—le situaban al lado

de los que rompieron la vieja forma monárquica era radical como nadie, pero antirrevolucionario por principios». Creía que sólo la educación interna podía transformar a un pueblo. Como Giner pedía tanto en materia de cultura, le parecían mínimas las exigencias de los partidos más avanzados en materia de reformas políticas.

¡Qué dura fue la lucha contra aquel medio! Giner la sufría con entereza. «Las minorías, escribía en 1889—y todos cuantos quisiéramos remover el fondo de la educación nacional somos una minoría aún, y lo seremos largo tiempo—no tienen por único deber investigar, censurar, ensayar, propagar; no sólo han de ser perseverantes, incorruptibles y enérgicas, sino sufridas, medidas e indulgentes». Y si don Francisco en el periodo de 1868 hasta el fin de la República, en 1874, gozó el triunfo inmediato de la actividad espiritual, provocando en la vida universitaria española «un comienzo de desarrollo interno que maravilla por lo rápido» pronto, cuando la Restauración, tan mal avenida con el auge intelectual de España, conoció don Francisco la amargura de aquel medio de Beocia consolidada. Tuvo frente a su obra todo «el falso patriotismo, ignorante, holgazán y bien avenido con nuestro miserable estado, por falta de amor y devoción al ideal y voluntaria incapacidad de alzar los ojos sobre el prado en que despunta la hierba». Y sin embargo, poco antes de morir don Francisco repetía: «nuestro afán es siempre evitar la guerra, la intolerancia salvaje, el africanismo, trabajar en paz con todo el mundo en los infinitos problemas técnicos y espirituales».

Cánovas, aquel estadista que dijo venir a continuar la historia de España, tomándola en agosto—no en setiembre de 1868, como observó Giner—restableció por decreto, refrendado por Orovio, aquel mismo Orovio que destituyó a Sanz del Río, en 1875, la «Ciencia oficial», monárquica, católica y escolástica, en método y disciplina. Y ¡ay del profesor que se resistiera! El ministro ordenaba proceder contra ellos «sin ningún género de contemplaciones». Para honra de España los profesores discolos, entre los que se contaban Salmerón, Azcárate, Linares, Alfredo Calderón, Barnés y don Francisco Ginér, y otros varios, protestaron contra la arbitrariedad. Unos fueron deportados, otros procesados o destituidos. Cánovas trató de ahogar la protesta enviando un emisario a Giner con la oferta de que el decreto, aunque figurara en la *Gaceta*, no se cumpliría en la práctica. Don Francisco se negó a subscribir esta picardía gubernamental, y de noche fue arrancado por la policía del lecho, en el que yacía enfermo, y entre dos guardias civiles se le hizo cruzar media España hasta confinarle en Cádiz, en el castillo de Santa Catalina. El *Times*, de Londres, dió gran vuelo al asunto, y la Universidad de Heidelberg envió a España una protesta suscrita por hombres de fama mundial como eran Zeller, Helmholtz, Wundt, Oncken y Bluntschli.

Los profesores destituidos fundaron a poco